

to y a un observador de mirada excepcional, sino también al estu-  
pendo poeta, cuya obra, reflejo de una gran pasión de vida, se hace  
necesario reivindicar con el mismo tesón que se pone en rescatar al  
ensayista representado por este importante libro.

Mariano Nava  
*El blues de la cabra mocha*  
Mérida, Mucuglifo, 1995. 47 p.

**Lubio Cardozo.**

En la narrativa de Mariano Nava rielan tres virtudes escriturales, una expresión prosísta -ars bene prosandi- llena de musicalidad, de esmero, de calidad, lo cual la acerca a la memoria de lo lírico; sus gratas fabulaciones profundamente identificadas con lo más entrañable, ínsito, de estas comarcas configurantes de la geografía del país nativo, Venezuela; y el humor -acutum et gratia-, un humor nacido siempre de un sabio mirar la transitoriedad de las cosas en el tiempo, de haber leído mucho para entender la vanidad o inutilidad, cercanos vocablos, de muchas cosas, y por el hedonismo en sí mismo de la risa o más bien de la sonrisa en su perenne lucha dialéctica contra el taedium: arribado ese ver y sentir también, como él dice en su cuento "La coronación", de "las traidoras veredas del ladino mapa de la vida".

En *Cuentos de los cuentos que nos contaron* Mariano Nava hace o extrae de la historia fábulas. En todos estos relatos (menos en "El blues de la cabra mocha") llegan sus argumentos como agolpados recuerdos de las lecturas de la crónica de indias

y cartas de relación circunscritas al espacio venezolano. Pero todo cuanto provendría de lo memorioso se transforma en atmósfera: épocas y ambientes quedan bajo el sortilegio de esas peculiares descripciones de Mariano Nava, de su virtuosismo en el tejido de las frases construido con un opimo léxico -copiosum et delectatio-,

*(...) "Subimos por su cuerpo, avaras, ambiciosas, impulsadas por la fuerza de su aroma magnífico, como de vetustos estanques rezumantes de calas y nenúfares almibarados, como de sagradas bodegas repletas de maderas preciosas y melifluos vinos ancestrales" (...) (de "Martín Tinajero").*

La fábula misma -identificada siempre, repito, con momentos intensos del hacer de esta secuencia llamada, en el devenir de años, lustros, décadas, siglos, Venezuela- queda exaltada y prisionera de este lenguaje donde se cruzan el grave hechizo de lo poético con la levedad del humor para depositar en el lector una pieza literaria de indiscutible fuerza calológica.

El pasado, pues, para estos cuentos significa su gran tiempo. Por eso Mariano Nava invita a viajar el texto a las formas expresivas del siglo XVI de manera de no producir interrupción alguna en su traslado hacia ese mundo trágico conformado por un territorio impoluto y el decurso de acontecimientos cuyos protagonistas se ubicaron en dos espacios del destino, los invasores hispanos y los nativos de estas tierras, acontecido ello medio milenio atrás, donde, cuanto y cuando todo pudo ocurrir.

Y tal vez en la conversión de la terribilidad de aquel ayer en cuentos de hoy descansen en gran medida la jovialidad, o más bien

**la gracia, de Mariano Nava, esa de trastocar el horror de aquella historia en el humor de estos relatos.**

**Placer de arte por la expresión, amenidad de la fábula, raigal presencia de esa pasión llamada Venezuela, arman estos cuentos para satisfacción no sólo de quienes han hecho de la literatura su vida sino para cualquier lector culto.**